

# **¿Un fascismo ibérico o latino? Comparación y vínculos transnacionales en el universo político fascista entre América Latina y la Europa mediterránea<sup>1</sup>**

João Fábio Bertonha

*Universidade Estadual de Maringá*

Una de las cuestiones más relevantes para el pensamiento social y político de América Latina es su relación con los principales centros de producción cultural de Occidente, es decir, Europa, y un momento posterior los Estados Unidos. Los pensadores políticos latinoamericanos, ¿serían apenas repetidores inconsecuentes de ideologías, tópicos y temas originarios de otras realidades o creadores originales, capaces de discutir sus problemas en sus propios términos? Esta posible disputa entre “repetidores” y “creadores” ha sido una constante en los debates intelectuales y políticos del continente desde hace mucho tiempo. Una parte de la intelectualidad y de los políticos absorbió la idea de que los problemas y las soluciones presentados y discutidos en Europa y en los Estados Unidos son lo suficientemente cercanos a la realidad latinoamericana para ser incorporados y discutidos localmente, sin la necesidad de muchas adaptaciones. Esto fue practicado tanto por los liberales que defendían el liberalismo clásico o el “Consenso de Washington”, como por algunos marxistas y otros pensadores de izquierda. En otro polo, parte de los pensadores reflexionó sobre la necesidad de crear soluciones y conceptos regionales o, como mínimo, de adaptar fuertemente los conceptos oriundos de Europa que hiciesen sentido en la región. El indigenismo del APRA en América andina, la búsqueda de un marxismo latinoamericano o incluso la combinación entre el maoísmo y una perspectiva, en teoría, genuinamente peruana hecha por Sendero Luminoso en Perú son ejemplo de ello.

Esta polarización entre el “ser totalmente nacional” y el “ser totalmente original” no es exclusiva de América Latina, aunque su fuerza en la región

---

1 \* Traducido del portugués por Catherine Aristizábal Barrios.

refleja, en realidad, una cuestión mayor relativa a la identidad cultural del continente. ¿O qué es América Latina? ¿Un simple pedazo del mundo occidental al Sur del Río Grande y al suroeste de Europa u otra parte del Tercer Mundo, a lado de Asia y África? ¿O ambos?<sup>2</sup> Las respuestas varían y la falta de consenso indica cómo la identidad cultural latinoamericana es flexible e incluso ambigua.

Este artículo trabaja con esta problemática, pero enfocándose en un tema específico: la presencia del fascismo en América Latina en el periodo de entreguerras. Lejos, sin embargo, de pretender una reconstrucción factual de los movimientos fascistas en el continente o una reflexión general sobre las razones de sus éxitos o sus fracasos (lo que ya he hecho en otro espacio<sup>3</sup>), el enfoque es mucho más específico: ¿en qué medida se puede pensar en un fascismo latinoamericano? ¿Habría dentro del pensamiento fascista local especificidades tan evidentes hasta el punto de poder crear una topología especial para definirlo? ¿Cuáles son las fuentes del pensamiento fascista latinoamericano y cómo entender la relación entre lo externo y lo interno? Estos son los ejes que orientan este trabajo.

Por lo tanto, será necesario ante todo definir un “tipo ideal” de fascismo para evaluar las experiencias regionales y relanzar la discusión entre “mimético” y “original”. Por esta razón, la discusión se centrará —por el sesgo comparado, especialmente pero no solo, en lo que se refiere a la Europa Oriental y del Sur— en la posibilidad y/o necesidad de crear una subtopología específica para definir la experiencia fascista latinoamericana como “fascismo latino”, “fascismo ibérico” o incluso “fascismo latinoamericano”.

Resalto, por último, que este artículo representa la evolución de muchos otros textos y palabras en las que he desarrollado el tema y que citaré aquí; me libero de hacer notas bibliográficas más allá del mínimo necesario. Por lo tanto, los lectores interesados en discusiones complementarias y en su bibliografía auxiliar, podrán acceder a ella en estos textos. El centro del texto, además, es el periodo del fascismo clásico, en los años 1920, 1930 y 1940, con una atención menor a los periodos anteriores y posteriores, a pesar de su importancia.

---

2 Bertonha, 2014a.

3 Bertonha, 2013a.

## El tipo ideal fascista

¿Qué es el fascismo? Esta es una pregunta que ocupó y ocupa el trabajo intelectual de muchos historiadores y científicos políticos en las últimas décadas, siendo imposible el establecimiento de una definición única. La búsqueda de un “mínimo fascista” o de un “tipo ideal fascista”, también ha sido una constante desde 1945 y no existe un consenso sobre él. Esta búsqueda puede ser cuestionada o problematizada en el sentido de que las diferentes respuestas pueden ser obtenidas conforme a los aspectos (ideología, base social, radicalismo discursivo, forma de ejercicio del poder, violencia, etc.) que son enfatizados en su construcción<sup>4</sup>. Es, sin embargo, una cuestión que tiene que ser respondida pues las confusiones conceptuales (como las que asocian fascismo al autoritarismo o al totalitarismo o lo separan del campo de la derecha) acaban con impedirnos comprender con más precisión el mundo real en el cual se dio y da el embate político.

Realmente, al confundir prácticas antidemocráticas, violentas e intimidadoras con el fascismo, se pierde la distinción entre método y objetivo. Todo fascista es, por definición, incapaz de convivir con el debate, el respeto por el otro y la práctica pacífica de la discordancia y de la divergencia (a no ser, posiblemente, a nivel interno y sólo dentro de ciertos límites), pero no toda persona o grupo que tiene esa incapacidad es fascista.

Fascismo, pues, es algo mucho más específico, aunque haya variaciones de uno a otro movimiento, y especialmente, como sería inevitable, entre los fascistas de los años 1930 y los del mundo actual. Es un régimen o movimiento fuertemente anticomunista, antisocialista y antidemocrático, que propone la sustitución del orden democrático burgués y del liberalismo político y económico por uno nuevo. En esa nueva realidad, habría un Estado orgánico, jerárquico, basado en un liderazgo carismático y en un partido único que serviría para la transmisión de una ideología específica, movilizándolo a la sociedad. Un partido único, de hecho, que iría, además, más allá de una simple negación de los otros o de una estructura amorfa para acomodar intereses, aunque una verdadera máquina de movilización popular y transmisión ideológica.

El fascismo también sería un movimiento moderno, en el sentido de no proponer una vuelta al pasado, sino un futuro diferente. Es por lo tanto tan

---

4 Para puntos de vista diferentes, Griffin, 1991. Eatwell, 1996. Breuer, 2008. Paxton, 2008.

moderno y adaptado al mundo democrático (aunque lo niega), que proclama la necesidad de la movilización continua de las multitudes y utiliza una política deliberada del odio al “otro” (judío, comunista, inmigrante, gay, etc.) para garantizar esa movilización. En ese sentido, aun cuando el fascismo no alcanza plenamente su potencial totalitario (restringiéndose, como en el caso del fascismo italiano, al autoritarismo, o como máximo, al totalitarismo incompleto), tiene que estar presente, al menos, en cuanto perspectiva.

No obstante, no rompe con el orden capitalista y sus bases ideológicas, al final son las de la derecha: orden, jerarquía, desigualdad como valor. Aunque es una derecha radicalizada, no deja de pertenecer a esta familia, lo que permitió aproximaciones y alianzas entre las diversas ramas de la derecha, en los más variados contextos y épocas<sup>5</sup>. En ese sentido, discrepo de la posibilidad de un “fascismo de izquierda”, aunque ciertos regímenes nacional-populistas, como el de Cárdenas o el de Perón, pudieron haber apreciado o incorporado aspectos del fascismo, especialmente del italiano.

En ese punto conviene establecer con precisión las fronteras del fascismo frente a liberales, conservadores o reaccionarios, especialmente en lo que se refiere al problema de modernidad. Todas esas corrientes políticas e ideológicas pueden ser llamadas modernas en el sentido de que todas solo tienen lógica dentro del sistema democrático y liberal que emergió a partir del iluminismo, siendo el marco evidente la Revolución Francesa de 1789. Sea relativizando la democracia o incluso combatiéndola, es evidente el carácter moderno de todas estas corrientes desde el siglo XVIII hasta el momento presente.

Sin embargo, hay diferencias en términos de qué modernidades se están hablando. Los liberales del siglo XIX (los cuales, en mi interpretación, están en el campo de la izquierda, como se definen en aquellos años), a pesar de discordar sobre los límites de la democracia o de la actuación del Estado, acaban por aceptar en líneas generales la soberanía del hombre en la esfera pública. La oposición a ellos, evidentemente, eran los conservadores y los reaccionarios, que consideraban que al hombre no le era permitido implementar medidas que iban contra las costumbres establecidas, la voluntad divina, etc.

Los conservadores, en realidad, no buscaban un retorno al pasado. Muchos, en Europa, venían de la nueva burguesía industrial y luchaban, como

---

5 Véase algunos de los textos presentes en Bertonha, 2008; Bertonha, 2016a.

los liberales, contra los privilegios y herencias del Antiguo Régimen. Incluso en América Latina hubo todo un esfuerzo para eliminar las estructuras del orden colonial durante el siglo XIX. La gran diferencia frente a los liberales era que los conservadores proponían un orden elitista, menos democrático, que el propuesto por los liberales, o posteriormente por los socialistas.

Los reaccionarios tenían una perspectiva más orientada al pasado. Claro que no se imaginaban que el reloj de la Historia pudiera revertirse íntegramente, pero sus propuestas, resaltando el valor de la monarquía, de la religión y de la tradición, tenían una mirada menos moderna que la de conservadores o liberales. No sorprende, por cierto, que muchos de ellos acabaran por manifestar cierta atracción al pensamiento corporativista católico o por otras alternativas a la atomización individualista promovida por el liberalismo y por el capitalismo.

Con el paso del tiempo, la mayor parte de la derecha acabó por abandonar la perspectiva reaccionaria y se asumió como realmente conservadora. Ya que la sociedad capitalista y liberal, en la mayor parte de Occidente y en varios niveles, se consolidaba, la única alternativa era adaptarse a ella, pero conservando la mayor parte posible del orden anterior, especialmente en lo que se refiere a privilegios, costumbres, etc.

El caso colombiano, presente en este libro con el artículo de Ricardo Arias Trujillo, es un ejemplo de esta situación, siendo la alianza entre conservadores y católicos (en oposición a los liberales modernizantes) la clave de la ecuación política en todo el siglo XIX. Los reaccionarios propiamente dichos, acabaron concentrándose en franjas aisladas de la sociedad, normalmente en el interior de la Iglesia Católica.

De la misma manera, en el artículo de Eduardo González Calleja sobre la España del siglo XIX, se hace evidente la supervivencia de un fuerte sector reaccionario dentro de la derecha española —el carlismo— pero como para la mayor parte de las fuerzas políticas, la perspectiva reaccionaria de inicio de siglo fue abandonada a favor de un liberalismo conservador. El ideal católico y reaccionario, sin embargo, nunca desapareció del horizonte, siendo reinsertado en el escenario a medida que nuevos desafíos y amenazas —el comunismo, la Comuna de París, la revolución bolchevique— surgían y obligaban a conservadores y reaccionarios a repactar sus alianzas y sus disputas.

Algunos artículos presentes en este libro avanzan en la discusión para el periodo de entreguerras. El de Irene Flunser Pimentel, por ejemplo, va en ese sentido al identificar los puntos de afinidad, como el pesimismo antropológico, y de ruptura entre el fascismo y la perspectiva conservadora.

Los fascistas, en este contexto, dieron un paso más allá en esa aceptación de la modernidad democrática, paradójicamente, para combatirla con aún más intensidad. Ellos rechazaban la democracia y las herencias del antiguo liberalismo y defendían una perspectiva corporativista para organizar la sociedad. No eran conservadores, pues no creían en meras correcciones de rutas, pero sí en cambios radicales, revolucionarios, aunque en la dirección de propuestas de mantenimiento del orden social. Tampoco eran reaccionarios, ya que no proponían la eliminación de la sociedad moderna en favor de la monarquía, de la Iglesia y del corporativismo católico, aunque se reciclaron para dar cuenta de una nueva era.

El fascismo, así, es el más moderno de los movimientos “conservadores”, pues los fascistas asumieron como un hecho de facto que la democracia estaba tan consolidada en Occidente que solo podía ser eliminada, justamente, por la aceptación de la sociedad de masas y de la propia modernidad. El mundo fascista continuaría burgués y la sociedad de masas moderna se reproduciría dentro de su propia versión del corporativismo, pero eliminando la herencia liberal y sin un retorno al pasado.

Para evitar confusiones, por otra parte, creo que los términos de “derecha” e “izquierda” son más útiles que “conservador” y “liberal”, para trabajar con las familias políticas de la modernidad. O quizás, los últimos términos sean más útiles para la discusión política de inicios de siglo XIX, mientras la primera dicotomía sea más interesante para un conjunto temporal de los siglos XIX al XXI y, especialmente, del XX.

De esta forma, la derecha, como defensora de la desigualdad como valor, englobaría tanto los liberales democráticos y los conservadores como los reaccionarios y los fascistas. La izquierda, a su vez, reunía a los liberales de izquierda, la democracia social y también a sus vertientes radicales, como el comunismo, el anarquismo. Aquí mi fundamentación teórica, evidentemente, es Norberto Bobbio<sup>6</sup>.

Esta clasificación ayuda a comprender las alianzas entre las dos familias en el transcurso del tiempo. En la mayoría de los casos conocidos, las varias familias de la derecha lucharon entre sí, pero, en las horas decisivas se agruparon en defensa del mantenimiento de una sociedad jerárquica.

La izquierda, igualmente, siempre luchó internamente aunque, en los momentos críticos, la tendencia era la de alianza, pero menos que la derecha. Esta mezcla entre alianza y disputa explicaría, así, para quedarse en el

---

6 Bobbio, 1995.

campo de la derecha, las aproximaciones y disputas continuas entre conservadores, liberales-democráticos, reaccionarios y fascistas. Y dentro del fascismo, la disputa entre sus versiones italiana y alemana, con su énfasis en el racismo y el antisemitismo. El lugar del fascismo dentro de la familia de la derecha y frente a los conservadores, queda, pues, delimitado.

Dentro de nuestra discusión específica, hay que recordar igualmente, que el término de “fascismo” puede referirse tanto a un conjunto de ideas (la ideología) como a los movimientos políticos (como la *British Union of Fascists*, la *Ação Integralista Brasileira* o la *Falange Española*) que las expresaban. Y también hubo regímenes en los que la ideología y las prácticas fascistas fueron dominantes (como los de Mussolini o Hitler) y otros en que los fascistas fueron socios menores, como en el Salazarismo y en el Franquismo. Son distinciones fundamentales para situar el fascismo en su debido lugar en el debate del periodo de entreguerras.

De igual manera es fundamental recordar que el fascismo no fue un fenómeno restringido a los límites territoriales europeos, siguiendo una expansión casi simultánea en el continente asiático y africano, a pesar de la baja adhesión popular y a su carácter efímero e incipiente, sobre todo, en el aspecto político partidista. En las áreas coloniales o semi-coloniales del mundo (África, Medio Oriente y Asia), fue recibido e interpretado de formas diferentes, como instrumento de lucha anticolonial o de refuerzo del poder del Estado.

En las Américas, sin embargo, no solo fue visto de esa forma, sino también como una alternativa real para la sociedad y el Estado. Así, un estudio completo del universo fascista no debe limitarse a los casos alemán e italiano, ni a Europa, y ni al mismo Occidente tradicional (Europa y América del Norte), sino más bien incluir todo el universo occidental, incluyendo a Australia y América Latina. Estudios sobre la recepción del fascismo en Siria, en el Congo, en China y en otras áreas periféricas también son bienvenidos, pero la inclusión de las Américas —y especialmente, de América Latina— es la laguna más grave que enfrentar si queremos comprender globalmente el fascismo.

## América Latina: ¿fascismo mimético?

América Latina y, especialmente, el Cono Sur latinoamericano es un caso aparte dentro del universo extraeuropeo. Fue una región ligada a Europa por siglos de intercambios, diálogos e influencias, en la que olas de inmigrantes europeos (todavía recientemente) se habían instalado, ampliando aún más los contactos. En América Latina, además, las élites se veían como parte integrante de la cultura occidental y creían que ideas y cuestiones debatidas en Europa, no solo podían, sino que debían ser discutidas y aplicadas en el continente. De esta forma no sorprende la difusión de las ideas fascistas en la región.

El fascismo se originó, pues, en el continente europeo, pero se extendió por Occidente y, en el caso latinoamericano, se difundió y tuvo importancia en el debate político y social de los años 1920 y especialmente en los años 1930. La gran pregunta que queda es si los movimientos fascistas del continente fueron meras copias de los originales europeos o adaptaciones locales de esos mismos originales. La distinción entre “copias” y “adaptaciones”, en ese momento, no es meramente semántica, sino significativa al indicar el grado de penetración del ideal fascista en estas sociedades.

Como se detalló en un estudio anterior<sup>7</sup>, del cual tomo buena parte de las informaciones a seguir y donde se puede encontrar bibliografía auxiliar adecuada, algunos patrones comunes pueden ser fácilmente identificados. En primer lugar, se constata casi la total inexistencia de copias simples de fascismos europeos. Los verdaderos fascistas italianos, falangistas o nazis en el continente, solo pueden ser encontrados en las sesiones externas de PNF, de la Falange o del NSDAP instaladas en el mismo<sup>8</sup>. Todos los que se originaron en bases locales, incluso los influenciados fuertemente por el referencial externo, y que conceptualmente son fascistas, por aproximarse al “tipo ideal” delimitado anteriormente, tenían al menos, alguna especificidad local.

---

7 Bertonha, 2013a.

8 La bibliografía sobre la acción nazi, fascista y falangista en el continente ha crecido exponencialmente en los últimos años. Véase, por ejemplo, Friedman, 2003. Gaudig y Veit, 1995. Muller, 1998. González Calleja, 1994 y 2014. González Calleja y Nevado, 1988. Delgado, 1988 y 1992. Para el caso italiano, véase la bibliografía compilada en Bertonha, 2015 y un estudio específico sobre América Latina en Bertonha, 2010b. Véase también Bertonha, 2017.



Sin embargo, es correcta la reflexión de autores como Trindade y Larsen<sup>9</sup> de que algunos fascismos serían miméticos en el sentido de no tener significados para las realidades locales y que, por eso mismo, no podrían haber avanzado más allá de un nivel mínimo, en términos de fuerza popular y política. Y otros, actuando en un contexto más favorable y representando valores y perspectivas con repercusión, habrían tenido más éxito y llegado incluso a estar próximos al poder. En el primer caso incluiríamos a América Central, a Venezuela, al arco andino en general, Uruguay y Paraguay. En el segundo estaría el caso brasileño y en una etapa intermedia, Chile, México y especialmente, Argentina.

Si pensamos en las razones que podrían potencialmente explicar esta división, tal vez sea de interés reflexionar sobre el problema de la modernidad y en la crisis general que, en el caso de algunos países europeos, colaboró para llevar al fascismo al poder.

La hipótesis de que el fascismo sea una etapa en el camino de la modernidad capitalista y liberal es antigua y ya ha sido sometida a una crítica más que consistente, la cual no necesitamos retomar aquí. La conclusión general a la que podemos llegar es que la teoría de la modernización, si se lleva al pie de la letra, no nos lleva muy lejos en la tarea de comprender el fascismo<sup>10</sup>.

Sin embargo, la relación etapa de desarrollo/modernidad/liberalismo tal vez no puede ser completamente relegada a un segundo plano y el trabajo de Stein Larsen<sup>11</sup> trae una colaboración de interés en ese aspecto, especialmente en el caso latinoamericano analizado en este texto.

En la visión de Larsen, grados de modernización y de liberalismo (aquí entendido como sinónimo de democracia) son la clave para crear un sistema teórico capaz de esclarecer cómo y porqué el fascismo ha tenido éxito en algunas regiones y en otras no. Para él, el surgimiento y el desarrollo de movimientos fascistas de masa demandarían un mínimo de modernidad capitalista (clases medias urbanas, medios de comunicación de masa, sistema político funcional), siendo imposible que ellos surgieran, salvo con pocas excepciones, en ambientes políticamente cerrados, rurales o arcaicos.

Para Larsen, sociedades atrasadas y poco liberales, como Bolivia o Guatemala, no tendrían espacio para el fascismo. Otras ya bastante liberalizadas políticamente, pero poco modernas, como Perú o Colombia, ofrecerían

---

9 Trindade, 2004. Larsen, 2001.

10 Mann, 2008: 74-95.

11 Larsen, 2011.

perspectivas para el surgimiento del fascismo, pero con límites. Las altamente modernizadas y liberalizadas serían casi inmunes, mientras que las poco liberalizadas y bastante modernizadas tendrían amplias perspectivas para el desarrollo del fascismo. En este último caso estaría, por ejemplo, Brasil.

Tengo dudas si tal modelo sirve para todos los casos reales que podemos encontrar en el continente y que presentamos arriba. Además de eso es obvio que otros factores, como herencias culturales, coyunturas políticas específicas, etc., también deben ser enumerados para explicar el surgimiento o no del fascismo.

Asimismo, el hecho de que los países más modernos de América Latina en esos años (Brasil, Argentina, Chile, México, etc.) hayan sido justamente los lugares donde los partidos o la cultura fascista (en el caso argentino) más se desarrollaron, tal vez merezca ser tenido en consideración. La excepción brasileña, donde el fascismo creó raíces institucionales, también podría ser explicado por este sesgo estructural, como una respuesta particular a una crisis ideológica de una sociedad en transición hacia la modernidad<sup>12</sup>. Así, aunque no sea un modelo perfecto, es válido al indicar cómo ciertos problemas de la transición del mundo moderno, sí pueden ser de importancia para explicar el surgimiento, o no, de partidos fascistas de masa en el continente.

Cuando se trata de explicar la incapacidad de esos movimientos, incluso los más fuertes, en alcanzar el poder, los factores a ser enumerados, probablemente, serían el impacto de la crisis mundial y la gestión de esta por las élites. Tales factores pueden explicar por qué en algunos países el fascismo no tuvo fuerzas para desarrollarse más allá de cierto punto y, especialmente, por qué no consiguieron llegar al poder en ningún Estado de la región.

En efecto, es válido recordar que la década de 1930 no fue, en América Latina, la era de los fascismos, sino la de las dictaduras y los “Estados fuertes” y fueron estos los que, en el límite, bloquearon el ascenso del fascismo al poder, incluso con la fuerza de las armas, como sucedió en Brasil y Chile en 1938.

Las variaciones de la forma, claro, fueron inmensas. En América Central o el Caribe (así como en Bolivia y Venezuela), una simple dictadura militar funcionó perfectamente cuando se presentó una crisis general, como la de los años 1930. En Brasil, las élites prefirieron una dictadura conservadora con trazos modernizantes, mientras que las dictaduras más o menos

---

12 Trindade, 2004: 58-60.

disfrazadas —como los regímenes de Terra en Uruguay, Justo en Argentina y Benavides en el Perú— se extendieron por todo el continente. En algunos países, como en Colombia o en Costa Rica, la democracia se mantuvo, pero sobre una creciente influencia militar, manteniendo el equilibrio político y la estabilidad institucional.

México vivía una situación posrevolucionaria, con dominio de la izquierda. Lejos de clasificar a México como un “fascismo de izquierda<sup>13</sup>”, lo identifiqué como un régimen nacional-populista con algunos aspectos en común con el modelo fascista, pero en franca oposición a él, tanto que los verdaderos grupos fascistas locales tuvieron muy poco espacio de actuación.

En todos estos países, el hecho común es que las élites mantuvieron el control del poder y no vieron necesidad de ceder el espacio a la derecha radical o a los grupos alternativos, los cuales, por lo tanto, no consiguieron asumir el Estado, ni siquiera donde lograr una mayor base popular y representatividad política. La opción fascista quedó en la “reserva” y no necesitó ser utilizada en ningún país. El fascismo podría haber sido, así, una opción para, al menos, alguno de los países de la región, pero la propia modernidad incompleta de estos países —con el consiguiente mantenimiento de la influencia de las élites tradicionales— lo impidieron.

### **América Latina: el fascismo difuso**

El fascismo no alcanzó el poder, sin embargo no significa automáticamente que su influencia en el debate político e ideológico del continente se haya restringido a los grupos que se aproximaron al “tipo ideal” fascista antes indicado. El diálogo entre los diferentes movimientos de la derecha fue una continuidad y tal diálogo tiene que ser resaltado si queremos entender la presencia del fascismo en la región. En resumen, no fueron apenas los fascistas latinoamericanos que dialogaron e intercambiaron experiencias con sus hermanos europeos y de otros continentes, pero todas las corrientes de derecha —de los liberales de derecha a los conservadores, pasando por los reaccionarios católicos y por los reformistas moderados— lo hicieron. Esto impactó en la historia de América Latina y no sólo entre el periodo de entreguerras.

---

13 Savarino, 2009: 128.

Este contexto ayuda a explicar, igualmente, el uso extensivo —e incorrecto— del concepto de fascismo para las manifestaciones sociales y políticas latinoamericanas de aquellos años. Como bien ha indicado Franco Savarino<sup>14</sup>, las manifestaciones de simple autoritarismo, de conservadurismo católico, de nacional-populismo y otras, acabaron por ser explicadas y clasificadas en la rúbrica de “fascismo”, lo que llevó a malentendidos tanto en la época como en los análisis posteriores, creando, en términos de Savarino, un “juego de ilusiones”, que más perturbó que lo que ayudó en nuestro entendimiento del periodo. Puedo no estar totalmente de acuerdo con los puntos de su solución para el problema, pero su diagnóstico es real.

En algunos países de América Latina, especialmente en la región del Caribe y en el arco andino, el fascismo fue visto por las élites conservadoras, normalmente intelectuales y militares, como una fuente de inspiración y con simpatía. Ofrecía la inspiración de un modelo político modernizador capaz de consolidar los Estados-nación y resolver la crisis económica y social sin recorrer al comunismo, pero no más que eso. De esa forma, dictadores como Trujillo en la República Dominicana, Somoza en Nicaragua o Batista en Cuba, para mencionar apenas sólo algunos, podían ser extremadamente sanguinarios y admirar a Mussolini, Franco y hasta Hitler, pero eso no los hacía fascistas y tampoco los hacía aliados del fascismo.

Otras dictaduras militares o cívico-militares, como las de Terra en Uruguay o de Benavides en el Perú, también expresaron sus simpatías por los regímenes fascistas y hasta absorbieron algunas de sus características, en especial, en el campo de la represión o de la propaganda, pero no se tornaron fascistas y ni se aproximaron realmente a ese campo ideológico. En el Perú, además, quien movilizó las masas para fines políticos fue el nacional-populismo representado por el APRA y no el régimen de Benavides o el pequeño fascismo local.

En algunos casos, fueron los propios conservadores los que eliminaron la perspectiva del poder del fascismo. En Chile el Movimiento Nacional Socialista chileno consiguió extrapolar los límites de la colectividad alemana y se volvió algo mayor, con representatividad social y política. Ellos consiguieron espacio suficiente para crear un proyecto de poder autónomo y tuvieron relaciones conflictivas con otros grupos de derecha, del gobierno, los militares y la Iglesia. El resultado fue que no lograron alcanzar el poder y tras un intento de golpe, en 1938, fueron formalmente eliminados.

---

14 Savarino, 2009.

En Brasil ocurrió lo mismo. La Ação Integralista Brasileira, el mayor partido fascista surgido fuera de Europa, fue seguramente un movimiento fascista, dadas sus características, bases sociales, vinculaciones ideológicas e internacionales, etc. No fue algo mimético, importado y sin significado en la realidad nacional. Por el contrario, atrajo a hijos de inmigrantes, negros, parte de las clases medias urbanas, intelectuales y también a algunos operarios. El número exacto de sus militantes es desconocido, pero se acercaba a los cientos de miles de adeptos.

El movimiento, además de esto, estuvo cerca de alcanzar el poder en Brasil, habiendo participado en el golpe de Getúlio Vargas que creó el *Estado Novo* en 1937. Su fuerza fue insuficiente, sin embargo, para la conquista del Estado en un país donde la derecha conservadora (especialmente la Iglesia, los militares y las élites políticas y económicas) mantuvieron el control del gobierno. Al final, el movimiento fue expulsado del bloque oficialista y, después de intentar un golpe de Estado en 1938, fue oficialmente eliminado por Vargas, teniendo su líder, Plínio Salgado, que refugiarse en Portugal.

En algunos lugares, por otra parte, los movimientos fascistas, aislados de las fuerzas conservadoras que comandaban sus países, acabaron por ser reincorporados a estas cuando se hizo evidente que sus posibilidades de poder eran inexistentes. Esto ocurrió en Bolivia, donde los inexpresivos Falange Socialista Boliviana y el Movimiento Nacionalista Revolucionario acabaron participando del gobierno militar, de cuño nacional-populista. Lo mismo sucedió en Colombia, donde la Acción Nacional Derechista terminó siendo reabsorbida por el partido conservador.

La relación entre el fascismo y otros grupos de derecha no se resumió, no obstante, en la relación —conflictiva o amigable— con los Estados y los grupos en él representados. También hubo sólidos intercambios entre los fascistas (locales y europeos) con círculos y grupos conservadores, católicos, reaccionarios y otros.

Los sinarquistas mexicanos, por ejemplo, admiraban aspectos del fascismo y adoptaron una parafernalia simbólica cercana a él. El sinarquismo, sin embargo, estaba más cerca de un tipo de reacción católica, que de un “tipo ideal” fascista, aunque con una influencia razonable en algunos aspectos. Su llamamiento a una acción no violenta y su rechazo a la conquista del poder, son muy poco fascistas. Los grupos reaccionarios brasileños, como los monarquistas católicos de la Ação Patrianovista Brasileira, también tenían una simpatía con el fascismo, pero rechazaban su alianza. En Uruguay como en

Paraguay, también identificamos círculos nacionalistas y antisemitas con claras simpatías por el fascismo, pero no llegaron a convertirse en fascistas<sup>15</sup>.

En esos casos, por lo tanto, la apelación del fascismo existió, pero sus raíces sociales y políticas eran insuficientes para generar un proyecto de poder autónomo. Ideas, perspectivas y propuestas fascistas fueron vistas con simpatía o incluso incorporadas al corpus de las dictaduras militares de los grupos reaccionarios o conservadores, pero acabaron siendo absorbidas o anuladas dentro de ellos. Estos diálogos hacen difícil, incluso, separar con claridad a los actores en el campo.

El ejemplo más visible de esto es Argentina. Desde 1945, con el peronismo y la fuga de muchos nazis a Argentina, se tiene la impresión de que la derecha fascista siempre habría sido fuerte en el país desde finales de la Primera Guerra Mundial.

Pero esto no es necesariamente cierto. Perón era un líder carismático, que movilizaba las masas y en cierto momento tuvo simpatías fascistas. Sin embargo, le faltaba el ideal orgánico, los valores tradicionales de la derecha y la construcción de un partido como máquina de movilización de una ideología y no como simple instrumento del líder.

En la propia sociedad argentina, la cuestión era compleja. En los años 1930, había círculos extremadamente influenciados por el fascismo (militares, Iglesia, sectores de la oligarquía), pero los movimientos argentinos fascistas fueron relativamente pequeños. Estuvieron las Ligas Nacionalistas, pero estas eran más movimientos reaccionarios o conservadores de derecha, que fascistas. Ellas tuvieron alguna simpatía por Mussolini y lazos con los fascistas italianos y alemanes en territorio argentino, pero Charles Maurras era la principal fuente de inspiración externa. A finales de los años 1930, como máximo una u otra de esas ligas —como la Legión Cívica Argentina— se acercaron lo suficiente al fascismo para ser consideradas como tal<sup>16</sup>, pero el nacionalismo como un todo, probablemente no lo era.

Sin embargo, pese a esta ausencia del fascismo organizado en Argentina en aquellos años, la cultura fascista —es decir, elementos difusos de su ideología y de su visión de mundo— parece haber sido mucho más popular y difundida que en otros países. El ideal fascista no pudo ser corporificado, por razones locales, en partidos y movimientos fascistas de peso, pero estuvo bastante difundido en grupos de derecha y en la sociedad, como un

---

15 Marques, 2016.

16 Almeida, 2016.

todo. Así, no clasificaría a Argentina, como hace Trindade<sup>17</sup>, como un país donde los fascismos no tuvieron repercusión. Esta fue difusa e indirecta, pero de importancia, aunque no lo suficiente para justificar la imagen de Argentina como país fascista por excelencia.

Además de esa difusión indirecta de las ideas fascistas, otro punto de relevancia —ya indicado, pero que conviene recordar y profundizar— es que ninguno de los fascismos de América Latina y, especialmente, los que adquirieron mayor relevancia, realizaron una copia simple o una transcripción literal del mismo que leían y recibían de Europa. Todos ellos se adaptaron a sus propias sociedades y culturas, hasta para tener sentido y tener alguna perspectiva de éxito político.

### **América Latina: el diálogo y la reelaboración del fascismo**

El esfuerzo de reelaboración del patrón fascista más amplio para un continente como el latinoamericano no podía, realmente, dejar de tener en cuenta las especificidades políticas, sociales y culturales de la región. Esto se manifestó de formas variadas y en grados diferentes, pero la lectura, absorción y reelaboración de lo que venía de fuera fue realmente una continuidad.

El integralismo brasileño, por ejemplo, absorbió buena parte de las discusiones presentes en la intelectualidad brasileña desde, al menos, a finales del siglo XIX sobre la viabilidad de la existencia de Brasil como Estado independiente y los problemas de su nacionalidad. El fascismo nacional se gestó en el diálogo entre esas tradiciones y discusiones nacionales (las cuales, a su vez, también se daban dentro de un contexto mayor del mundo occidental), con el nuevo contexto ideológico del periodo posterior a la Primera Guerra Mundial, cuando el fascismo representaba lo nuevo.

A partir de ahí, algunas especificidades del integralismo brasileño se vuelven evidentes. Miguel Reale, por ejemplo, era un lector atento y cuidadoso de la experiencia de la Italia fascista, habiendo, incluso, estudiado en una escuela italiana de São Paulo cuando era niño. Él veía con extrema simpatía el corporativismo y el nuevo modelo de Estado que se implantaba en Italia, pero se volvió más crítico cuando el fascismo italiano comenzó a asumir tonos racistas y totalitarios. Miguel Reale reflexionó bastante,

---

17 Trindade, 2004: 21-28.

además, sobre cómo adaptar el sistema corporativo y de Estado fascista para la realidad de una nación continental.

En el modelo de Reale, las corporaciones y los municipios serían las claves para permitir la constitución del Estado integralista, diluyendo y amortiguando las tensiones y diferencias. El municipio sería la célula fundamental de la estructura corporativa y tendría completa autonomía administrativa. Los líderes municipales serían elegidos por sufragio universal, aceptable en las realidades locales, mientras en la esfera nacional, el poder vendría de lo alto.

Mientras el Estado Integral también tendría soluciones para regular y equilibrar las probables distorsiones entre dimensión territorial y representatividad, entre la representatividad a nivel local y la extrema centralización política, gracias a las estructuras corporativas. Si el liberalismo provocó el fortalecimiento exagerado de las unidades de la Federación, la corrección de esta estructura se haría manteniendo la forma federativa, a partir de la combinación de las corporaciones, a la autonomía de los municipios y la centralización política, con el objetivo de equilibrar las fuerzas de las regiones y del Estado-nación. El ejemplo de Reale indica el proceso de lectura y adaptación de conceptos fascistas para una realidad desconocida de Europa, es decir, las dimensiones continentales del Brasil<sup>18</sup>.

Sin querer entrar en detalles sobre las adaptaciones y relecturas hechas por cada uno de los movimientos y grupos fascistas del continente, creo que podríamos enumerar algunos elementos centrales, generales, capaces de identificar las especificidades de América Latina, dentro del universo fascista más amplio.

La primera de ellas sería el papel de las Fuerzas armadas dentro del nuevo orden fascista. Los fascismos, en líneas generales, nunca fueron pretorianos, la desconfianza entre las Fuerzas Armadas y los partidos fascistas fue continua. Claro que hubo compromisos y alianza, pero las tensiones entre las camisas negras fascistas o la SS con las fuerzas armadas de Italia y de Alemania son bien conocidas.

En América Latina fueron los militares quienes, efectivamente, disminuyeron el espacio de los partidos fascistas y, en el caso de Brasil y de Chile, impidieron el éxito de los golpes de Estado organizados por ellos. En algunos lugares, igualmente, la tensión y la desconfianza de las fuerzas armadas con los fascistas fue una constante, como en Chile. Los nacionalistas argentinos

---

18 Bertonha, 2010, 2013b, 2013c y 2014.



y los integralistas brasileños, sin embargo, no tenían una posición contra los militares, por el contrario, insistían en la necesidad de contar con ellos para el establecimiento de una nueva realidad. En Argentina, además, esa aproximación fue más intensa e incluso los nacionalistas argentinos que podríamos encuadrar como fascistas deseaban la participación del Ejército en el Nuevo Orden. Es probable que el papel central de los militares en la política latinoamericana de ese momento haya disminuido un poco la tensión entre los militares y los fascistas que predominó, al menos en el periodo anterior a la toma del poder, en la mayoría de los casos europeos.

Del mismo modo, la ausencia de veteranos de guerra (con la excepción de los paraguayos y bolivianos de la Guerra del Chaco y, tal vez, los excombatientes de la Revolución Mexicana) y el impacto moderado de la Primera Guerra Mundial en la mayor parte del continente, influenció el carácter de los fascismos latinoamericanos, los cuales fueron legalistas la mayor parte del tiempo. Ninguno de ellos, ni siquiera el integralismo, llevó adelante un proyecto de conquista del poder de las armas, confiando en las articulaciones políticas y en el apoyo de los militares para tal.

Fascismo sin algún tipo de pensamiento imperial es prácticamente imposible y los fascismos latinoamericanos desarrollaron proyecciones imperialistas. Los integralistas pretendían recuperar la posición de notoriedad, disfrutada un día por Brasil, en la región del Plata y especialmente guiar espiritualmente a América Latina en la dirección del fascismo, pretensión que los nacistas chilenos también tenían con relación, por lo menos, a la América Andina. Los nacionalistas argentinos también proyectaban la recuperación del supuesto espacio perdido a Chile en la Patagonia, mientras que muchos mexicanos tendían a ver en el fascismo una forma de contener el poder de los Estados Unidos. Tal postura era también compartida, incluso, por la mayoría de los fascismos latinoamericanos. Nunca se llegó, no obstante, a la elaboración de plataformas claras de conquista militar de los vecinos, lo que refleja tanto el carácter embrionario de la mayoría de los movimientos como la debilidad militar de los varios Estados del continente.

La herencia católica fue valorada por la mayoría de los movimientos fascistas latinoamericanos, aunque con diferentes grados. Los nacistas chilenos, por ejemplo, tuvieron una relación no siempre armónica con la Iglesia católica chilena, pero resaltaban la herencia católica como un elemento unificador del pueblo chileno. Los integralistas brasileños estaban mucho más cerca de la Iglesia (que nunca le dio, sin embargo, total apoyo) en término de origen ideológico y en apoyo mutuo y consideraban al catolicismo

como una de las esencias nacionales. Sin embargo, no era una emanación del catolicismo y sectores del integralismo, como el de Miguel Reale, eran eminentemente laicos. Finalmente, varios grupos dispersos por América Latinano sólo identificaban la herencia católica como elemento central de la Nación unificada que se pretendía alcanzar, como establecieron lazos aún más profundos con la estructura eclesiástica.

Uno de los casos más relevantes fue el de Argentina. En ese país, como ya se ha indicado, las fuerzas nacionalistas incluían desde grupos reaccionarios que enfatizaban la importancia del Ejército y de la Iglesia como instrumentos para restaurar el orden nacional, hasta grupos propiamente fascistas. Tales grupos también enfatizaban la colaboración, la alianza y la penetración ideológica en el interior del Ejército y de la Iglesia, formando una alianza que marcó la historia argentina por décadas. En resumen, si la influencia católica fue un rasgo impactante en la historia de la derecha latinoamericana, e igualmente, del fascismo latinoamericano, hubo variaciones de monta de país a país.

En otras palabras, en algunos lugares, la influencia católica en el campo de la derecha fue tan fuerte que impidió el surgimiento del fascismo, despreciado en favor de grupos reaccionarios o de los gobiernos conservadores. Incluso, dentro del universo fascista, además, las variaciones sucedieron, pasando desde una firme y sólida alianza, como en Argentina, hasta una relación simbiótica, como en Brasil, y una de relativa tensión como en Chile.

El racismo europeo también fue profundamente adaptado para que pudiera tener sentido en un continente mestizo. La propuesta de una uniformidad cultural y racial que fortaleciera a la Nación se mantuvo, pero los términos de esa uniformidad no fueron los mismos. En Paraguay la fusión entre los guaraníes y los españoles sería la base del nuevo orden, mientras que en México, el problema del racismo y de la formación racial mexicana fue considerado menor, aunque existían restricciones, por ejemplos, a los inmigrantes chinos. En Chile, donde los nacistas chilenos tuvieron una influencia ideológica mayor del nazismo, se construyó el mito de un pueblo chileno ario, dentro del cual la raza europea predominaba y anulaba las influencias indígenas. En esta concepción, los chilenos eran los únicos representantes de la raza aria en América Andina, y como tal, destinados a liderar países como el Perú y Bolivia, al mismo tiempo que rechazaba la inmigración peruana y boliviana a Chile<sup>19</sup>. En Argentina, por su parte, el discurso

---

19 Bertonha, 2016b.

racista estaba fuertemente presente en las valoraciones de los nacionalistas, respecto a los chilenos o a los brasileños. No obstante, incluso por la elevada proporción de blancos en la población y por la supuesta eliminación de los indígenas, el racismo interno era menos acentuado.

En Brasil, país donde en aquel momento al menos un tercio de la población era negra o mestiza, las adaptaciones del discurso fascista tradicional tuvieron que ser mayores. En ese sentido, el integralismo repetía, en buena medida, el discurso tradicional de la élite intelectual brasileña (la teoría de las tres razas que formarían al pueblo brasileño) que valorizaba el mestizaje, pero proclamaba que ese mestizaje y la inmigración iban a resultar en un país blanco, superior.

De esa forma, su visión racial no era tan exclusiva o absoluta como la del nazismo o incluso el fascismo italiano. Claro que, en parte, la cuestión era táctica, ya que el movimiento tenía que camuflar cualquier mensaje abiertamente racista para alcanzar la inmensa población mestiza, y también anular a los que acusaban a los integralistas de compartir los ideales arios del nazismo. El racismo integralista, sin embargo, era realmente flexible e integrador lo suficiente para permitir la participación de la población negra en el movimiento y no sorprende que dejara a los observadores del fascismo italiano y, especialmente, del nazismo, desconcertados<sup>20</sup>.

También el antisemitismo tuvo grados de país a país. La visión de los judíos como representantes de la modernidad que se quería destruir fue muy común, así como una visión negativa del pueblo judío y la resistencia a su inmigración. Esto estuvo presente en Colombia, en Perú, en Chile, en México y en otros lugares. En la mayoría de los casos el sentimiento antijudío tenía orígenes en el tradicionalismo católico e incluso movimientos más cercanos al nazismo alemán —como el nacismo chileno— no compartían las teorías nazis acerca del “peligro judío” y/o abogaban la eliminación racial del pueblo judío.

También en Brasil el antisemitismo fue un rasgo marcado en la ideología del integralismo, especialmente, pero no solo, en el ala liderada por Gustavo Barroso. Su antisemitismo, sin embargo, era más católico que nazi, lo que permitía diálogos con fuerzas reaccionarias nacionales e internacionales. Al mismo tiempo, su antisemitismo era tan agresivo (dirigido, en algunos momentos, a la raza judía), que no es casualidad que Berlín lo viera con simpatía, invitándolo, incluso, a eventos en la propia Alemania.

---

20 Bertonha, 2014.

Miguel Reale y Plínio Salgado, los otros líderes centrales del integralismo, tenían posturas moderadas con relación a los judíos y al judaísmo. La temática del antisemitismo, en realidad, a pesar de ser muy útil para la propaganda integralista, no era el tema central del discurso y no eran los judíos los blancos centrales del movimiento, salvo como representantes de la modernidad que se quería superar. Como el antisemitismo nunca fue, salvo algunas excepciones, tema recurrente en el debate político brasileño, el antisemitismo integralista fue más excepción que regla.

En la Argentina, el antisemitismo se convirtió en un tema fundamental, crucial, del discurso de la derecha, convirtiéndose en un elemento definidor de la mayor parte de los movimientos nacionalistas, sea de los tradicionalistas, sea de los fascistas. La importancia de la comunidad judía en la vida argentina sería, probablemente, el elemento fundamental para explicar la fuerza de ese sentimiento.

Otra característica destacada del fascismo latinoamericano fue, en general, el rechazo de los aspectos más totalitarios del fascismo. La movilización popular y el fortalecimiento del vínculo de las masas con el Estado y el partido eran vistas con extrema desconfianza en el continente. El modelo de sociedad generalmente implantado en América Latina implicaba una élite separada del pueblo por los privilegios inmensos en términos de riqueza y del poder e incluso, en ciertos países, por el origen racial. No sorprende que esas élites hayan preferido, siempre, soluciones autoritarias a las fascistas y que, incluso entre los movimientos fascistas, el tono más autoritario haya predominado frente al totalitarismo. El integralismo brasileño, tal vez, haya sido la mayor excepción, pero aún no consiguió superar la desconfianza de las élites.

Reflejando sus características internas, los fascismos latinoamericanos tenían relaciones bien delimitadas con el mundo exterior. Autores reaccionarios como Charles Maurras o António Sardinha eran leídos y admirados. Dictadores conservadores como Franco y Salazar atraían una enorme atención, incluso cuando eran criticados justamente por su “poco fascismo”. Los autores y referencias más valorados, no obstante, eran los fascistas, especialmente los próximos al modelo local, como los nacional-sindicalistas de Rolão Preto en Portugal, la Falange española o incluso, hasta cierto punto, los austro-fascistas.

Italia sufrió algunas restricciones por su presunto laicismo, pero en general, el racismo y el antisemitismo moderados, la buena relación con la Iglesia y los militares y el tono más autoritario que totalitario del primer fascismo,

atraía simpatías. Sólo cuando el fascismo italiano comenzó a adquirir un tono más totalitario, racista y antisemita, a finales de los años 1930, es que el encanto italiano comenzó a disminuir, aunque nunca desapareció.

El nazismo, en líneas generales, nunca se volvió en un referencial teórico central de los fascismos latinoamericanos. Su racismo ario y su antisemitismo exacerbado tenían poco sentido en América Latina y sus relaciones tensas con la Iglesia generaban más desconfianzas que simpatías. La dificultad de comunicación, cultural y lingüística, también volvía el mensaje nazi restringido a un gueto específico —las comunidades de origen alemán— y su tono totalitario llevaba a recelos aún mayores.

Claro que una simpatía general por Adolf Hitler existió y sectores del integralismo brasileño o de los nacionalistas argentinos se acercaron a los ideales nazis de forma más intensa. También los nacistas chilenos tuvieron un mayor contacto y diálogo con el Tercer Reich, aunque menos importante de lo que pareciera a primera vista<sup>21</sup>. En líneas generales, sin embargo, el llamado nazi en el continente fue menor que el fascismo italiano o del ibérico.

### **El continente latinoamericano y la Europa mediterránea: ¿un fascismo latino o ibérico?**

Lo expuesto arriba nos permite llegar a algunas conclusiones. En primer lugar, sea en su forma institucional, sea en la difusión de sus ideas en otros movimientos (reaccionarios o conservadores), el fascismo estuvo plenamente presente en el debate político e intelectual latinoamericano en el periodo de entreguerras. En la crítica al liberalismo, a la democracia y a la izquierda, en la búsqueda de la renovación nacional y de sus élites, en el recurso, en varios niveles, al corporativismo, el fascismo existió y se desarrolló en el espacio al Sur del Río Grande. Tal fascismo estuvo en continuo diálogo con sus pares en Europa y en otros continentes y debe formar parte, por lo tanto, de cualquier esfuerzo para crear un “tipo ideal” fascista.

El fascismo latinoamericano, sin embargo, tiene sus propios rasgos particulares: un potencial totalitario (sin el cual no puede haber fascismo), pero con mayor simpatía por el sesgo autoritario; una mayor aproximación con la Iglesia y las Fuerzas Armadas: un tono racista y antisemita menos acentuado y, en líneas generales, la anulación de su proyecto de poder por

---

21 Bertonha, 2016b.

regímenes conservadores de derecha. De la misma manera, la ausencia de veteranos de guerra, el menor impacto de la Primera Guerra Mundial y de la crisis de 1929, y una menor movilización de la izquierda que en Europa, también son elementos circunstanciales a considerar. Stanley Payne ya había mencionado algunos de estos aspectos años atrás<sup>22</sup> y son válidos. La pregunta que queda es si tales características son suficientes para lo que necesitamos crear, una subtipología diversa para nombrarlo.

Como se indicó anteriormente, la creación de un “tipo ideal” fascista o del “mínimo fascista” es una tarea difícil, pero necesaria como herramienta para facilitar el entendimiento de un fenómeno histórico real como fue el fascismo. De la misma manera, la posibilidad de crear tipologías internas al fascismo puede ser peligrosa, si termina por conducir a una dispersión exagerada del concepto. Sin embargo, como instrumento analítico, la tipologización podría, en principio, facilitar la comprensión del “mínimo” fascista y, al mismo tiempo, de la multiplicidad de formas con que él se expresó.

Varias de esas tipologías están disponibles, pero la discusión para avanzar es si habría margen para la elaboración de un “subtipo ideal” de fascismo —latinoamericano, mediterráneo, ibérico o latino— para la región y si esa elaboración favorecería u obstaculizaría la comprensión de qué fue el fascismo en el continente.

Es posible pensar, inicialmente, que los fascismos de América Latina fueron, simplemente, variaciones del “fascismo clerical”, dada la fuerte presencia del catolicismo, en algún nivel, en su constitución. Tal concepto serviría para identificar movimientos o partidos fascistas, en los cuales la influencia de la Iglesia católica habría sido tan fuerte, que los habría transformado en algo particular, más conservador, que las vertientes fascistas radicales como el fascismo italiano o el nazismo.

El concepto en sí es de difícil defensa, ya que confunde a grupos fascistas con buenas relaciones con el catolicismo, con movimientos o regímenes conservadores y reaccionarios en los que la Iglesia tuvo un papel relevante, como el Portugal de Salazar o la Francia de Vichy. Además, una fusión perfecta entre el conservadurismo católico y el fascismo es, en términos conceptuales, imposible. Como máximo, según lo indicado por Griffin<sup>23</sup>, el término “fascismo clerical” podría ser utilizado para identificar fascismos

---

22 Payne, 1999: 345.

23 Griffin, 2007. Pollard, 2007. Véase también los artículos reunidos en Feldman, Turda y Georgescu, 2008.

en los que, en conceptos ideológicos y políticos, la colaboración del catolicismo (o de la Iglesia ortodoxa) fue mayor que en otros, como por ejemplo, el nazismo.

En esa definición restringida, sería posible incluir a los rexistas belgas, la Guardia de Hierro rumana, el fascismo austríaco y los ustachas croatas, por ejemplo. Evidentemente, varios de los movimientos y grupos fascistas de América Latina también podrían ser indexados en esta categoría, en mayor o menor medida. La propia imprecisión del concepto, sin embargo, hace difícil resumir el fascismo latinoamericano a una manifestación más del fascismo clerical.

Otro término que surge en algunos análisis del fascismo es el “fascismo mediterráneo”, que englobaría las experiencias de la Península Ibérica, Francia e Italia. El término también es muy impreciso, aún más, porque normalmente tiende a reunir en el mismo bloque, grupos y regímenes no comparables, como el Salazarismo, el Franquismo, los diversos movimientos fascistas ibéricos y el fascismo italiano<sup>24</sup>.

El término de “fascismo latino” quizás podría ser de más utilidad. Este unificaría los movimientos y regímenes fascistas de los países del sur de Europa y de América Latina en un único bloque, siendo esencial, no obstante, que fuesen excluidos del concepto los regímenes y movimientos conservadores. Sus elementos en común serían el catolicismo (y, especialmente, según Costa Pinto, la influencia del paradigma reaccionario representado por la *Action Française*), el rechazo del racismo y del antisemitismo extremo nazi, la mayor influencia de la versión italiana del fascismo frente a la alemana y el hecho que, salvo pocas excepciones, esos fascismos fueron eliminados por regímenes conservadores de derecha<sup>25</sup>.

Uno de los problemas de esta teoría es la heterogeneidad de la historia política de los países latinos en aquellos años. Italia, por ejemplo, fue el único país latino que se hizo fascista, mientras que la gran mayoría osciló a regímenes “fuertes” de algún tipo. Francia, como demuestra una inmensa bibliografía, tiene particularidades inmensas, como la presencia de movimientos fascistas extremadamente desarrollados y, al mismo tiempo, de una fuerte resistencia antifascista de izquierda, casi inexistentes en otros países latinos. En resumen, parece haber demasiadas diferencias para que podamos crear un patrón latino de fascismo.

---

<sup>24</sup> Morgan, 2010.

<sup>25</sup> Pinto, 2004. Pinto, 2015.

Sin embargo, tal vez no sea absurdo pensar en otra clasificación, la cual podría excluir, Francia, Italia y otros casos poco claros e incluir España y Portugal, junto con los países de América Latina. En los dos países, el fascismo fue relativamente débil (con la excepción de la Falange española después de la eclosión de la Guerra Civil) y lo poco que lograron en términos de popularidad, parece tener que ver, de forma análoga a los principales países latinos de América, con la emergencia de la modernidad en estos países. Los tonos más cercanos de la matriz fascista que de la nazi parece también ser un rasgo en común entre los dos grupos de países. Además, fueron dictaduras conservadoras y reaccionarias, de Franco y Salazar, que acabaron por eliminar los movimientos realmente fascistas de Primo de Rivera y Rolão Preto. Incluso hubo un intento de golpe de los nacional-sindicalistas en Portugal en 1939, similares al de los nacistas en Chile y de los integralistas en Brasil en 1938.

Así, tal vez el término “fascismo ibérico” fuera razonable para agrupar las historias de los movimientos fascistas en la Península Ibérica y en sus antiguas colonias en América. Es suficientemente amplio para abarcar varias experiencias particulares, pero que tiene rasgos claramente similares en términos de ideología, relación con las fuerzas conservadoras y destino. Al mismo tiempo, es suficientemente restringido para excluir casos dudosos y otros muy particulares, como el francés y el italiano. Una evaluación completa de su utilidad, sin embargo, sólo se hará en la conclusión de este artículo.

No podría, no obstante, ser exclusivista, pues la cercanía del caso latinoamericano y/o ibérico con otras regiones donde el fascismo estuvo presente son muy evidentes para no ser consideradas.

### **Las otras “periferias fascistas”: Europa oriental y el universo de lengua inglesa**

En el universo anglosajón (Gran Bretaña, Australia, América del Norte), por ejemplo, las élites tradicionales también lograron lidiar con la crisis del liberalismo sin apelar a los fascismos, que permanecieron restringidos a grupos de inmigrantes alemanes e italianos o a sectores minoritarios de la sociedad. En buena medida porque eran sociedades plenamente modernas y con un liberalismo consolidado, o que ayudó a disminuir la apelación de las soluciones fascistas.



A diferencia de América Latina o de la Península Ibérica, así, el fascismo en estos países ha sido bloqueado por la propia democracia. La aproximación que se puede hacer es que la estabilidad del sistema político (o su reconfiguración en esta dirección, en una dictadura conservadora o dentro de la democracia) y la confianza de las élites en superar la crisis sin ceder el poder a grupos radicales fueron fundamentales para contener cualquier riesgo de ascenso del fascismo en todos estos lugares. El mismo razonamiento podría ser extrapolado para otras partes del mundo occidental, como Escandinavia, Suiza, etc.

Las diferencias, sin embargo, también son relevantes. El catolicismo no fue la base doctrinal de la mayoría de los grupos fascistas escandinavos, norteamericanos o australianos, con la excepción mayor de los fascistas de Quebec. El hecho que los regímenes fascistas se instalaran primero en Italia y Alemania también obstaculizó a los fascismos locales, pues pasaron a ser identificados como el probable enemigo de una futura guerra, lo que disminuía su atractivo popular. Esta preocupación por el imperialismo alemán o italiano fue menor en América Latina, aunque presente, especialmente, en relación con las comunidades inmigrantes italianas y especialmente, las alemanas<sup>26</sup>.

Por la configuración racial y cultural de los pueblos de habla inglesa, la perspectiva fascista italiana, a pesar de atraer simpatía y apoyo, en especial antes de 1935, fue menor, mientras que el referencial español o portugués era casi ignorado. El nazismo alemán acabó por ser objeto de la mayor parte de la simpatía y del diálogo, desplazando el fascismo italiano de la posición de principal interlocutor externo.

El caso de la Europa del Este tiene proximidades y distanciamientos con relación al ibérico. Los Estados surgidos del caos de la Primera Guerra Mundial eran recientes y poco consolidados, mientras que los ibéricos eran antiguos, habiéndose consolidado en el siglo XIX y en el caso, de España y Portugal, mucho antes. La Primera Guerra Mundial también impactó mucho más el Este europeo y ciertos aspectos del fascismo en la Europa oriental —como la base campesina o la fuerte presencia de aristócratas en el fascismo rumano— no se repitieron en los países ibéricos. En los países de

---

26 He trabajado en los últimos años con la problemática del fascismo en América del Norte y en el Reino Unido. Véase Bertonha, 2002. Bertonha, 2003. Bertonha, 2010c. Bertonha, 2011b. Bertonha y Caldeira Neto, 2015.

la Península Ibérica y de América Latina, además, la tradición liberal tenía raíces más profundas venidas del siglo XVIII y XIX, que en la Europa oriental.

No obstante, si nos enfocamos en la cuestión de la modernidad parcial, es decir, de un sistema económico capitalista y liberal-democrático no consolidado, tal vez sea posible identificar semejanzas.

En general, el fascismo de la región parece tener una historia cercana a la de América Latina o de la Península Ibérica. Esto es tanto por su base cristiana (como la Guardia de Hierro rumana, ligada al catolicismo ortodoxo, o en Eslovaquia), como por su atractivo popular limitado, tipo de países poco modernos, con las notorias excepciones de Hungría y de Rumania. Y más especialmente, por el hecho de que las dictaduras conservadoras fueron el modelo político dominante en la región en aquellas décadas. El hecho de haber sido estas la que eliminaron los fascismos locales también indica similitudes con América Latina. En el caso húngaro y rumano, por otra parte, los conflictos entre los conservadores y los fascistas llegaron a las armas, como ocurrió en Brasil, en Chile o en Portugal.

En el Este europeo, sin embargo, ciertas cuestiones impactaron con mayor fuerza que en el mundo ibérico. El antisemitismo estaba mucho más difundido y tenía un llamamiento popular innegable, mientras que la cuestión del comunismo adquirió una materialidad mucho mayor, dada la vecindad con la URSS. La insatisfacción con los cambios territoriales pos-1918 también fue un factor de impulso para el nacionalismo radical, que no tuvo igual en América Latina. Por último, el hecho de que el racismo y el imperialismo alemán se orientaron esencialmente a esos países se convertía en el modelo alemán de fascismo más problemático, al menos, para algunos grupos. No sorprende, por cierto, que polacos y bálticos miraran con más atención el modelo de Roma, incluso por exclusión, aun cuando pudieran apreciar el antisemitismo y el modelo del gobierno del Tercer Reich.

En resumen, cualquier idea de crear subtipologías como “fascismo americano” o “fascismo este-europeo” parecen condenadas al fracaso. Incluso el “fascismo periférico” no lleva a ningún lugar, pues los grupos de movimientos fascistas de menor desarrollo no fueron exclusivos de un área geográfica específica, por lo que estas clasificaciones se tornan menos importantes.

## Conclusiones

La cuestión de la modernidad es de importancia para explicar el surgimiento y el desarrollo de los fascismos y los problemas de la transición al mundo moderno pueden ser pensados como estructuralmente importantes para entender el fenómeno fascista.

Sin embargo, esta cuestión es solo una entre varias cuestiones a considerar. Si el Estado y las élites en el poder perdían el control de la situación, aunque de forma temporal, los fascistas podían crecer como en Brasil en los años 1930. Ya donde las élites mantenían su influencia dominante y se sentían seguras, tales partidos no progresaban. Si el Estado era una democracia, una dictadura conservadora u otra cosa, no importa tanto, lo importante era no dar espacio al fascismo y permanecer estables.

Estas son cuestiones de importancia para entender el fascismo, sus éxitos y sus fracasos, en todo el mundo. Sea en el mundo anglosajón, en la Europa latina u oriental o en América Latina había determinaciones estructurales que facilitaban (o no) la formación de un fascismo local y su despegue como movimiento de masas. De la misma manera, otras cuestiones estructurales, como la estabilidad del sistema político y social y su capacidad para lidiar con la crisis mundial, también permitían (o no) la llegada del fascismo al poder, sea en un bloque histórico con otras fuerzas, sea de forma aislada.

El caso latinoamericano e incluso el ibérico, en este sentido, no es tan singular como parece. Ecos del fascismo europeo se han sentido en todo el continente y tentativas de formación de algún tipo de movimiento fascista se han vivido prácticamente en todos los países.

En algunos, normalmente, los más modernos y donde había condiciones sociales y políticas mínimas, ellos consiguieron salir de la etapa embrionaria y se volvieron movimientos de masa. Incluso en estos lugares, sin embargo, su camino hacia el poder fue bloqueado por las fuerzas tradicionales y por las élites. Solo en Brasil por condiciones particulares, alcanzó pleno desarrollo y casi alcanzó el poder. En líneas generales, empero, la experiencia fascista latinoamericana no es tan diferente de la de otros países europeos y americanos.

No obstante, había algunas especificidades de importancia. Grandes colectividades de inmigrantes alemanes, italianos, portugueses y españoles estaban presentes en el continente y ligados los partidos fascistas, a sus países de origen. A pesar de esto, no significa que todas estaban dominadas por la ideología fascista, ellas permitían una difusión especial de la experiencia

fascista europea en el continente. Los vínculos culturales y lingüísticos, especialmente con la Península ibérica, Francia e Italia, también facilitaban esa difusión, lo que hacía el mensaje fascista más permeable en el continente, que digamos en Oriente Medio o en China.

La fuerte presencia del catolicismo, la ausencia de veteranos de la Primera Guerra Mundial y los efectos diferenciados de la crisis de 1929, también son factores distintos que considerar, aunque no sean exclusivos de la región.

El hecho de que los imperialismos italiano y alemán —salvo algunas excepciones, especialmente en países con amplias poblaciones de origen germánico— no sean considerados amenazantes en el continente (y, por el contrario, ser visto al menos en algunos países como competencia al norteamericano) también es específico de la región y pudo haber atraído algunas simpatías del fascismo.

Años atrás sugerí que valía la pena discutir la hipótesis de crear subtipologías como “fascismo latino” o “fascismo ibérico” como instrumento para la comprensión del fascismo en estas regiones<sup>27</sup>. La discusión con certeza es válida, pero mi conclusión en ese momento se dirigía a una respuesta negativa a tal sugerencia. El uso en términos geográficos y didácticos puede ser válido, pero no hay justificación real en términos teóricos, para la creación de una subtipología específica. El fascismo en América Latina tenía, con certeza, semejanzas y contactos con Europa ibérica y latina en general, formando un universo con algunas especificidades. Pero no lo suficiente para que su experiencia pueda ser separada analíticamente del fenómeno fascista como un todo<sup>28</sup>.

Sin embargo, la experiencia del fascismo en la región, a pesar de no corporificarse en regímenes fascistas, impacto con fuerza la vida política latinoamericana y tal impacto se hizo sentir, incluso en años posteriores. Participando de la misma realidad en el mundo occidental posterior a la Primera Guerra Mundial y dialogando intensamente con Europa, América del Norte y entre sí, los fascistas latinoamericanos se sentían parte integrante de la misma realidad compartida por sus hermanos del resto del mundo y, en ese sentido, miembros plenos de la familia política e ideológica occidental.

---

27 Bertonha, 2011a: 67-69.

28 Morgan, 2004. Griffin, 2004.

## Bibliografía

- Almeida, Daniela Moraes de, “Representaciones y relaciones entre la Legión Cívica Argentina y el integralismo brasileño (década de 1930)”, João Fábio Bertonha y Ernesto Bohoslavsky (eds.), *Circule por la derecha. Percepciones, redes y contactos entre las derechas sudamericanas, 1917-1973*, Los Polvorines, Ediciones Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016: 129-148.
- Bertonha, João Fábio, “Entre Mosley, Whittaker e Plínio Salgado: interfaces entre o universo fascista do Brasil e do mundo anglo saxão”, *Interfaces Brasil/Canadá*, 1, 2 (2002): 129-144.
- Bertonha, João Fábio, “Entre Mosley, Whittaker e Plínio Salgado: interfaces entre el Universo fascista de Brasil y del mundo anglosajón”, *Centro Cultural Canadá - Córdoba*, 19 (2003): 57-68.
- Bertonha, João Fábio, *Sobre a direita: estudos sobre o fascismo, o nazismo e o integralismo*, Maringá, Eduem, 2008.
- Bertonha, João Fábio, *Bibliografia orientativa sobre o integralismo (1932-2007)*, Jaboticabal, Funep (UNESP), 2010a.
- Bertonha, João Fábio, “¿Un imperio italiano en América Latina? Inmigrantes, fascistas y la política externa ‘paralela’ de Mussolini”, Franco Savarino y José Luis González (eds.), *México. Escenario de confrontaciones*, México (DF), Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2010b: 161-188.
- Bertonha, João Fábio, “O fascio, a suástica e a maple leaf: o fascismo no Canadá do entre guerras”, *Interfaces Brasil/Canadá*, 11 (2010c): 191-214.
- Bertonha, João Fábio, “Plínio Salgado, o integralismo brasileiro e as suas relações com Portugal (1932-1975)”, *Análise Social (Portugal)*, 46, 198 (2011a): 65-87.
- Bertonha, João Fábio, “Do Canadá para o mundo: as relações entre os fascismos canadenses e o universo fascista mundial entre as duas guerras mundiais”, *Interfaces Brasil/Canadá*, 13, (2011b): 167-191.
- Bertonha, João Fábio, “Los fascismos en América Latina. Ecos europeos y valores nacionales en una perspectiva comparada”, João Fábio Bertonha y Franco Savarino (eds.), *El fascismo en Brasil y América Latina. Ecos europeos y desarrollos autóctonos*, México (DF), Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2013a: 31-66.
- Bertonha, João Fábio, “O pensamento corporativo em Miguel Reale: leituras do fascismo italiano no integralismo brasileiro”, *Revista Brasileira de História*, 33, 66 (2013b): 269-286.
- Bertonha, João Fábio, “Corporatist thinking in Miguel Reale: readings of Italian Fascism in Brazilian Integralism”, *Revista Brasileira de História*, 33, 66 (2013c): 225-242.
- Bertonha, João Fábio, “Decadência do Ocidente ou Ascensão Asiática? Reflexões sobre o Ocidente, os BRICS e o ‘Choque de Civilizações’”, *Nação e Defesa (Portugal)*, 138 (2014a): 176-198.
- Bertonha, João Fábio, *Integralismo. Problemas, perspectivas e questões historiográficas*, Maringá, Eduem, 2014b.
- Bertonha, João Fábio, *Fascismo, antifascismo e gli italiani all'estero. Bibliografia orientativa (1922-2015)*, Viterbo, Sette Città, 2015 (Quaderni Archivio Storico dell'Emigrazione italiana 14-15).

- Bertonha, João Fábio, *O Integralismo e sua história: memória, fontes, historiografia*, Salvador, Editora PontoCom, 2016a.
- Bertonha, João Fábio, “Los nacistas chilenos y el mundo. Las relaciones entre el Movimiento Nacional-Socialista de Chile y sus vecinos sudamericanos (1932-1938)”, João Fábio Bertonha y Ernesto Bohoslavsky (eds.), *Circule por la derecha. Percepciones, redes y contactos entre las derechas sudamericanas, 1917-1973*, Los Polvorines, Ediciones Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016b: 149-168.
- Bertonha, João Fábio, “A Segreteria Nazionale dei fasci all'estero, a NSDAP-Auslandsorganisation, o servicio exterior de la falange e as políticas externas dos partidos fascistas no entre-guerras. O caso latino-americano”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* (2017), <http://nuevomundo.revues.org/70513>.
- Bertonha, João Fábio y Odilon Caldeira Neto, “Fascismos e fascistas em comparação: Gustavo Barroso, Adrien Arcand e o antisemitismo no Brasil e no Canadá no entre guerras”, *História e Perspectivas*, 28, 53 (2015): 371-400.
- Bobbio, Norberto. *Direita e esquerda. Razões e significados de uma distinção política*, São Paulo, Editora da UNESP, 1995.
- Breuer, Stefan, “Towards an ideal type of fascism”, *Max Weber Studies*, 8, 1 (2008): 11-47.
- Eatwell, Roger, “On defining the ‘Fascist Minimum’: the centrality of ideology”, *Journal of Political Ideologies*, 1, 3 (1996): 303-319.
- Feldman, Matthew, Marius Turda y Tudor Georgescu (eds.), *Clerical fascism in interwar Europe*, Londres y Nueva York, Routledge, 2008.
- Friedman, Max Paul, *Nazis and Good Neighbors: The United States campaign against the Germans of Latin America in World War II*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.
- Gaudig, Olaf y Peter Veit, “El Partido Alemán Nacional Socialista en Argentina, Brasil e Chile frente a las comunidades alemanas, 1933-1939”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 6, 2, (1995).
- González Calleja, Eduardo, “¿Populismo o captación de elites? Luces y sombras en la estrategia del Servicio Exterior de Falange Española”, José Álvarez Junco y Ricardo González Leandri (eds.), *El Populismo en España y América*, Madrid, Catriel, 1994: 61-90.
- González Calleja, Eduardo, “Fascismo para la exportación: la Delegación Nacional del Servicio Exterior de Falange Española”. *Horizontes Sociológicos*, 2, 3 (2014): 121-139.
- González Calleja, Eduardo y Fredes Limon Nevado, *La Hispanidad como instrumento de combate. Raza e Imperio en la prensa franquista durante la Guerra Civil española*, Madrid, csic, 1988.
- Griffin, Roger, *The nature of fascism*, Londres, Pinter, 1991.
- Griffin, Roger, “The ‘Holy Storm’: ‘clerical fascism’ through the lens of modernism”, *Totalitarian movements and political religions*, 8, 2 (2007): 213-227.
- Larsen, Stein Ugelvik, *Fascism outside Europe. The European impulse against domestic conditions in the diffusion of global fascism*, Nueva York, Columbia University Press, 2001.
- Mann, Michael, *Fascistas*, Río de Janeiro, Record, 2008.
- Marques, Victor Raoni de Assis, “La extrema derecha em terras tupiniquins e charruas. Diálogos entre el integralismo brasileno y el revisionismo uruguayo”, João Fábio Bertonha y Ernesto Bohoslavsky (eds.), *Circule por la derecha. Percepciones, redes y contactos entre las derechas sudamericanas, 1917-1973*, Los Polvorines, Ediciones Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016: 111-128.

- Morgan, Philip, "Studying fascism from the particular to the general", *East Central Europe*, 37 (2010): 334-337.
- Paxton, Robert, *A Anatomia do fascismo*, São Paulo, Paz e Terra, 2008.
- Payne, Stanley, *Il fascismo*, Roma, Newton Compton, 1999.
- Pinto, António Costa, "National Syndicalism and international fascism", Roger Griffin y Mathew Feldman (eds.), *Fascism. Critical concepts in Political Science*, Londres y Nueva York, Routledge, 2004, vol. 4: 77-90.
- Pinto, António Costa, *Os Camisas Azuis e Salazar. Rolão Preto e o Fascismo em Portugal*, Lisboa, Edições 70, 2015.
- Pollard, John, "'Clerical Fascism': context, overview and conclusion", *Totalitarian movements and political religions*, 8, 2 (2007): 433-446.
- Savarino, Franco, "Juego de ilusiones: Brasil, México y los 'fascismos' latinoamericanos frente al fascismo italiano", *Historia Crítica*, 37 (2009): 120-147.
- Trindade, Héglio, *O Nazi-fascismo na América Latina. Mito e realidade*, Porto Alegre, Editora da Universidade Federal do Rio Grande do Sul, 2004.